

de que no podían esperar gran protección del débil monarca que poco después procuraba, con hipócrita sumisión, calmar al papa en la cuestión de Teutberga, á fin de apartar de sí nuevos castigos. De aquí que los dos arzobispos se sometieran á Nicolás I y procurasen recobrar su favor y su gracia. En aquel mismo tiempo, el patriarca Focio, que tan envalentonado se había mostrado, perdió la consideración de que gozaba, con cuyo hecho se demostró plenamente la ineficacia de las censuras temporales y eclesiásticas que desde Constantinopla se habían lanzado contra Nicolás y la completa impotencia del Estado y de la Iglesia de Oriente. El triunfo de Nicolás I estaba decidido; la dominación del pontificado quedaba fundada. El primado del obispo de Roma independiente de Constantinopla había sido reconocido por la última autoridad eclesiástica de Italia que hasta entonces había conservado su independencia, y con la sumisión de los búlgaros á la Iglesia romana había extendido hacia el Este la esfera de su poder. En las personas de los arzobispos de Colonia y de Tréveris se había ligado á la Iglesia franca con lazos que, cada vez más estrechos y fuertes, debían destruir gradualmente los antiguos vínculos metropolitanos y hacer que todo el mundo reconociera el gobierno monárquico de la Iglesia regido por el obispo de Roma; y aun cuando el infeliz Lotario II, á pesar de sus continuos tropiezos, no había sido todavía del todo derribado, veíanse en su persona la monarquía y el Estado completamente humillados y su sumisión al sucesor del príncipe de los apóstoles se presentaba como una necesidad moral que muchos llegaban á considerar como política. La situación dominante que el Estado de Carlomagno había ocupado frente de la Iglesia, había desaparecido por completo: el poder supremo espiritual, que hasta entonces le había permanecido sumiso, se había separado de él y se había suscitado un gran cisma en aquel imperio hasta entonces unido. Únicamente era cuestión de tiempo la agrupación de todo el mundo cristiano en torno del obispo de Roma, como agrupado lo habían visto los emperadores romanos, y debía llegar la época en que lo dirigiera como estos lo habían dirigido.

Este tiempo, sin embargo, tardó más de lo que podían imaginarse los exaltados defensores del nuevo orden de cosas universal, pues el pontificado no pudo mantenerse constantemente á la altura á que tan rápidamente había llegado. Con Adriano II (867-872), sucesor de Nicolás I, se inició un movimiento de retroceso: á aquel papa le faltaba la fe de Nicolás en el porvenir del pontificado, su imponente grandeza y la energía que vencía toda resistencia. Adriano, por miedo de un rompimiento completo con la dinastía de los carolingios, — que era el resultado que amenazaba producir la conducta de Nicolás I hacia Lotario II y sus serviles secuaces eclesiásticos, — procuró encontrar un expediente que resolviera el conflicto con Lotario II y se mostró conciliador y aun sumiso respecto de este, de suerte que Teutberga temió ser sacrificada y el rey abrigó la esperanza de ver legitimado el hijo que de Waldrada había tenido. Un concilio universal debía decidir la cuestión, cuando ocurrió la muerte del rey, que los contemporáneos consideraron como castigo divino. La lucha del pontificado con los griegos tomó entonces un aspecto inesperado. Focio había sido destituido por un sínodo y la sentencia contra él dictada había sido confirmada por una asamblea general eclesiástica que se reunió en Constantinopla. La Iglesia griega parecía también dispuesta á someterse á la supremacía de San Pedro; pero pudo más la antipatía que los griegos sentían hacia los romanos: la Iglesia griega, decían, no puede ser sierva de la romana, y así quedaron por fin rotas las relaciones que habían vuelto á anudarse. En otros asuntos fué también

adversa la suerte al pontificado, el cual ni pudo evitar las rapaces correrías con que los árabes assolaban las costas de Italia, ni impedir el tratado de Meerssen y el robo que al emperador Luis II hizo su ambicioso tío. Pero la derrota moral que esto significaba para el pontificado fué más que compensada por la caída del imperio franco, efecto de la confusión y desunión crecientes que se notaban en la rápidamente degenerada dinastía de los carolingios. En efecto, al morir sin sucesión el emperador Luis II, Luis el Germánico y Carlos el Calvo, que aspiraban á la corona imperial, procuraron anticiparse el uno al otro para conquistarse el favor del papa: la victoria fué para Carlos el Calvo, que se mostró más sumiso y más pródigo en promesas y que á causa de su debilidad era mucho más agradable al pontífice. Esto cambió el carácter del imperio, que se vió impotente para cumplir su misión y para ser, á los ojos de las naciones, lo que hubiera debido ser desde la restauración llevada á cabo por Carlomagno y Leon III. Al confesar Carlos el Calvo que solo á la elección del papa Juan VIII debía la corona imperial, aceptó la idea de que esta era un don hecho por el obispo romano y demostró que no era hereditaria en la dinastía de los carolingios. El imperio quedó, pues, sometido á la completa dependencia de los sucesores de San Pedro, siendo estos los que se encontraban al frente del imperio universal germano-romano.

La cuestión estribaba en saber si podrían conservar esta situación y cumplir los deberes que á ella estaban anejos.

CAPITULO VI

FORMACION DE NUEVOS ESTADOS

(870-887)

La prosperidad no fué patrimonio de la dinastía de los carolingios, y las luchas de familia que conmovieron los fundamentos del imperio á raíz de la muerte de su fundador y agrietaron tan soberbio edificio, se transmitieron como herencia á las posteriores generaciones: lo que había sucedido entre los hijos de Ludovico Pio, se reprodujo entre sus nietos y sus biznietos. El descontento y la intriga reinaban por doquier: el afán de dominar y la ambición, no siempre del todo satisfecha, eran los resortes principales de la política de aquellos impotentes é indignos soberanos, á todo lo cual se añadieron las depredaciones de que fué objeto su reino por parte de indómitos y audaces enemigos extranjeros, y la gran calamidad de los motines, sublevaciones y revoluciones civiles que se reproducían incesantemente.

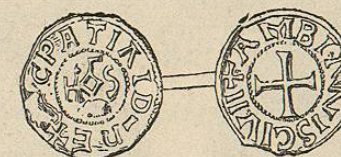
El desarrollo de la civilización, así económica como espiritual, que tanto vuelo había tomado en tiempo de Carlomagno, hacia tiempo que se había paralizado. Los repetidos ataques de los eslavos y de los daneses destruyeron los modestos comienzos de la cultura cristiana y alemana en el Norte; las correrías de los normandos, que saqueaban las costas y los territorios francos del interior, fueron un azote que amenazaba acabar hasta con los antiguos y vigorosos centros de la cultura civil y eclesiástica. Los habitantes de las ciudades más directamente amenazadas, como las situadas en la costa y en las orillas de los ríos navegables, huyeron horrorizados; los conventos y fundaciones pías más florecientes se convirtieron en montones de ruinas; los campos permanecían sin cultivar y en los bosques no se oían los hachazos de los colonos roturadores. El comercio y la industria se concentraron temerosos en un pequeño territorio y aprovecharon los pocos caminos que ofrecían alguna aunque no mucha seguridad. Las relaciones con el extranjero se extinguieron poco á poco. Las tinieblas de la barbarie amena-

zaban envolver el imperio franco y pesaban como losa de plomo sobre la vida intelectual y espiritual de los pueblos. Los florecientes establecimientos literarios y científicos que el clero de la época de Carlomagno había creado y puesto al frente de la vida intelectual, á la cual no permanecía ya ajena la clase laica, no lograron desenvolverse: contrarios á las tendencias monásticas de Ludovico Pio y á ellas con toda intención supeditados, encontráronse, en tiempos posteriores, faltos de las condiciones necesarias para adquirir el más modesto desarrollo. De aquí que el clero, en parte, abrazara la oscura vida monástica y en parte se entregara á la relajación de costumbres, cesando de figurar al frente de la vida espiritual. Entre los laicos, desaparecieron también rápidamente, bajo el imperio de tales circunstancias, los modestos gérmenes de una cultura espiritual, y las clases más elevadas de la sociedad perdieron el interés y la inteligencia para todo lo que no estuviera íntimamente enlazado con las necesidades de la vida diaria. Si se compara la civilización de las comarcas que á fines del siglo IX estaban unidas dentro del imperio franco, con la de sus vecinos del Este y del Sur, los bizantinos y los mahometanos, asalta desde luego la idea de preguntar dónde estaba la verdadera civilización y dónde el atraso con puntas de barbarie.

Aun cuando los tratados de Verdun y de Meerssen no dividieron el imperio carolingio bajo el punto de vista nacional, tuvieron por consecuencia una división de los pueblos hasta entonces unidos, que resultó por casualidad basada en la nacionalidad de cada uno de ellos. Una vez separados los reinos especiales se desarrollaron en distintas direcciones, pues entonces pudieron manifestarse y convertirse en organismos particulares las divergencias de cada uno, no sujetadas por tendencias unitarias. De esta suerte existió entre los reinos francos del Este y del Oeste un profundo antagonismo que tuvo su expresión en la distinta organización interior que cada uno de ellos se dió. En efecto, en el del Este se conservaron, por regla general, más fielmente que en el del Oeste las antiguas instituciones francas que arrancaban del derecho germánico: las relaciones posesorias y la división social y el orden político que en ellas se fundaban, no se vieron sacrificadas al feudalismo preponderante tan rápida ni tan completamente como en los territorios de Carlos el Calvo. Así como en el Oeste la victoria del feudalismo acabó muy pronto con la libertad del plebeyo, en el Este, las condiciones del derecho feudal solo tuvieron fuerza allí donde se hicieron donaciones de tierras y de siervos á los funcionarios regios, pues, por regla general, la libertad del pequeño propietario fué la base del orden social y político. Además, con los progresos del feudalismo en el reino franco del Oeste se aumentó de tal manera el poder de los vasallos, que la autoridad del rey quedó postergada y solo se extendió en definitiva á aquellos escasos territorios, cada día más reducidos, que estaban directamente administrados por la corona. En aquel reino, además de la dinastía de los carolingios, hubo muy pronto una porción de familias dinásticas que solo concedían al rey cierta preeminencia honorífica, pero que no querían aparecer bajo el punto de vista político incondicionalmente subordinadas á él. De esto nació un fraccionamiento que no solo tuvo por consecuencia contiendas y guerras civiles sin fin, sino que puso al poco tiempo en tela de juicio la unidad del reino y amenazó dividirlo en una multitud de pequeños Estados. De sufrir esta suerte se vió exenta la porción alemana del imperio carolingio, pues como en ella se respetaron los antiguos fundamentos del orden político y social germánico, se pudo conservar la primitiva cohesión, á pesar del particularismo que hasta cierto punto comenzó á notarse entre las distintas

razas, y con la cohesión la antigua fuerza. Por eso, no obstante la gran independencia de que gozaban los duques y condes, la monarquía franca oriental conservó siempre el carácter de una monarquía popular. Como esta monarquía tomaba su fuerza de la nación, toda persona enérgica podía ejercer benéfica influencia en su desarrollo y señalarle el camino que debía seguir cuando ocurría alguna gran crisis.

Los dos reinos carolingios siguieron, pues, dos caminos enteramente opuestos: lo único que tenían de común era la triste herencia de las luchas entre los parientes más próximos de la familia real. El antagonismo, cada vez más profundo, entre Luis el Germánico y Carlos el Calvo, fundado al principio en cuestiones políticas, vióse avivado después por motivos personales. El carácter enérgico, decidido y previsor del soberano franco del Este, que sabía proteger los altos intereses espirituales y que ya en aquella época se mostraba benigno con los enemigos y hasta con los traidores, en nada se parecía al carácter cruel y violento de su hermano, el cual, cuando tenía el más pequeño motivo para abrigar temores, á nadie perdonaba y sabía esperar el momento de vengarse de cual-



Moneda de Carlos II el Calvo.

Anverso. Leyenda circular: GRATIAI D REX; en el centro se ve un monograma que dice: CAROLVS. Reverso. Leyenda circular: AMBIANIS CIVI; en el centro hay una cruz.

quiera ofensa que se le hubiera inferido. Carlos no había olvidado que Luis, en la jornada de Meerssen, le había arrebatado la más rica mitad de los territorios loreneses, y por esto procuraba, por medio de la astucia y de la traición, minar la situación de su hermano en ellos. Únicamente á la vigilancia de Luis, que conocía las intenciones de Carlos y estaba preparado contra sus intrigas, se debió que las traidoras alianzas que contrajo Carlos con algunos magnates del imperio descontentos para promover un levantamiento, no obtuvieran el deseado éxito. Por otra parte, Luis proporcionó un pretexto á los esfuerzos de sus enemigos, pues, sin sacar enseñanza alguna de la experiencia de su padre, se acogió al antiguo principio franco de la división del imperio, introduciendo con ello en su propia familia la intranquilidad y la discordia. Ya en el año 865 había distribuido para lo porvenir su imperio de tal suerte, que su primogénito Carloman, que algunos años antes había intentado emancipar de la soberanía del padre la Marca oriental, cuya administración le había sido confiada, debía recibir los territorios en ella comprendidos y además las comarcas eslavas tributarias y el reino de Baviera; á Luis, su hijo segundo, debían corresponder los territorios franco-orientales, la Turingia y Sajonia; y al más joven, Carlos, la Alemania y la Curwalquia. Poco satisfecho Luis de la parte que le había correspondido, y apoyado por los magnates descontentos, apeló á las armas y no se avergonzó de aliarse traidoramente con sus vecinos los temidos moravos. A pesar de esto, cuando fué vencido no perdió ninguna parte de la herencia que se le había señalado. Cuando Luis el Germánico vió engrandecidos sus territorios en virtud del tratado de Meerssen, y procedió á una nueva división, Carloman fué de tal manera favorecido que los otros dos hermanos, indignados por ello, quisieron hacer valer sus pretendidos derechos rebelándose contra su padre y contra su hermano. El plan consistía en apoderarse por sorpresa de Luis y